

Porno activismo en democracia: los casos del Colectivo de Disidencia Sexual (CUDS) y José Carlos Henríquez (Camilo)

Fernando A. Blanco
Bucknell University

Podría escribir novelas y novelones de historias precisas de silencios simbólicos. Podría escribir en el silencio del Tao con esa fastuosidad de la letra precisa y guardarme los adjetivos para la lengua proscrita. Podría escribir sin lengua, como un conductor de CNN, sin acento y sin sal. Pero tengo la lengua salada y las vocales me cantan en vez de educar [...] Podría escribir con las piernas juntas, con las nalgas apretadas, con un pujo sufi y una economía oriental del idioma [...] Pero no vine a eso.
(Pedro Lemebel, 279)

Comienzo la reescritura de este artículo un mes después de la muerte del escritor chileno Pedro Lemebel (1952-2015). A modo de epitafio, me digo, mientras pienso en su deceso como en un modo de hacer política que nos abandona en Chile. Aquella donde el cuerpo homosexual, proscrito por deseo y militancia, era centro y norte del reclamo frente a su exhumación tardía, su desaparición macabra, su linchamiento moral o su acribillamiento clandestino. Una política de lo efímero (Phelan 146) en la que la mirada se fundía con el cuerpo para desandar los códigos binarios, las desigualdades estructurales que habían ayudado a reproducir la dictadura, el peso del sida liberando identidades que reclamaban estatuto ciudadano o la búsqueda de los desaparecidos en el desierto, el mar y la montaña.

Lo recuerdo en este último encuentro en la Fundación López Pérez, encorvado en su silla de ruedas mientras me dice con los ojos clavados en la pared “la Frida no envejeció, yo sí. Yo soy la Frida envejecida”. Al instante siguiente una dignidad ancestral lo alienta mientras apura una última *performance*. Una intervención de sustitución y adición de términos, signos, materiales y lenguajes rearticulados en su cuerpo sometido al espacio del

acontecer del *performer* y su audiencia, la clínica para enfermos de cáncer donde vuelve a ingresarse este verano.

Lemebel cavila unos segundos hasta que comienza a darnos órdenes. Carga la memoria, afila sus lealtades echando mano de la metonimia como herramienta de resignificación. Fantasea con precisión inequívoca la proyección a la que nos convoca liberando el potencial asociativo del pensamiento imaginativo para hacerlo rodar hasta las orillas de la historia. Por contigüidad y desplazamiento reconfigura la máquina política de su escritura corporal haciendo que el cuerpo enfermo homosexual nos “hable” antes de desaparecer una vez más del espacio simbólico y de su remanente Real. La alianza con lo femenino es repetida sagradamente por Lemebel aquí. Habla la “Frida vieja”, la “Yegua enferma”, la “Frida enferma” hasta hacernos verlas al mismo tiempo aconteciendo frente a nosotros.

Uno a uno los que estábamos allí fuimos siguiendo sus órdenes metalizadas por la mecánica médica inserta en el boquerón de su garganta. Cada cual aportó con algo. Un collar de plata con un ámbar inmenso, la bandera del partido comunista anudada en su cintura como un faldón cubriéndole las piernas desnudas, un *foulard* hecho turbante amarillo sobre un pañuelo palestino en la cabeza y el maquillaje, las cejas repobladas hasta la mitad de la frente, los ojos ribeteados en negro, los labios opacos. Recubre minuciosamente su enfermedad en el delirio de un orfebre, es Frida oculta en su corsé agujijoneada por el dolor transido de su espalda. En el segundo posterior está frente a nosotros, espléndido en sí misma, sumido en el abandono del personaje. Faraónica, monumental, desafiante como en “El último beso de Loba Lamar (crespones de seda en mi despedida... por favor”, la Loca nos acecha. Esfinge moruna, aindiada, punzándonos con el acertijo de su rabia. Nos ordena fotografiarlo sin demora, sabe que el cuerpo y el dolor atrapados en la *Mirada* no durarán mucho más. Dirige la sesión, calcula distancias, mide planos, angula su cuerpo con la geometría de la sala, contra el horizontal del piso, cuenta los grados del lente frente a sí. Lucidez matemática apurada por la morfina que delira en el *performero*. Su cuerpo y su voz enmudecidos al centro. Es ahora una vieja chamana en medio del pasillo blanquecino del hospital.

Otros antes que él le precedieron en la utilización de la *performance* corporal como eje de proyectos contestatarios, donde la teatralidad de la intervención plástica frente al poder se articula en la recodificación de sistemas de opresión culturales, sociales y políticos a los que se les opone la agencia de un cuerpo liberado por la manipulación del *performer*. Francisco Cope-

llo (1936-2006), Carlos Leppe (1952-2015), el mismo Colectivo CADA (1979-1985), Elías Adasme (1955-) o las propias Yeguas del Apocalipsis (1988-1997) abordaron desde la materialidad de cuerpos y signos expuestos en la ciudad la crítica del sistema, de las instituciones, la dictadura y en el caso particular de los artistas homosexuales, el de la subjetividad cultural heterosexual. Hoy, sin Lemebel, sumidos en la intemperie de una democracia que exagera la propiedad privada, ocupados en una lucha cuerpo a cuerpo que sostiene la disciplina del consumo solo nos resta convocar de cuando en cuando ese ‘loco afán de la mirada marica’ que incomoda para hacer de tripas corazón y dejarnos tomar por la voz y el cuerpo de ‘la Loca’.

Vuelvo a este artículo de luto por la política del cuerpo en el que quisiera revisar las tensiones conceptuales a las que se enfrenta hoy el movimiento social por derechos de emancipación sexual en su dimensión política de demandas y regulación en contra de los lenguajes y las prácticas que, desde la literatura, la *performance* activista y las artes visuales, postulan una ética post-derechos humanos radical, no regulatoria ni normalizante en el Chile de la post-transición.

En este contexto propongo conjugar dos dimensiones en las cuales se repolitiza el espacio social por parte de la disidencia sexual en una escena ciudadana de post-memoria o post-verdad¹. Por un lado, por medio de la continuidad en la implementación en lo público de políticas de la memoria en las que la sexualidad es ahora eje de los reclamos por ciudadanía (normas y derechos) —activismo de base social histórica— y por otra, desde la facción de los sujetos en revuelta-activismo alternativo de base académica, artística y popular —donde la demanda se traduce en la autorreflexión sobre los propios lenguajes y discursos en los que y con los que se aborda el desafío de sostener la diferencia sexual en lo público y lo simbólico renuente a la normalización liberal—.

Examinaré en particular los casos del CUDS (Colectivo Universitario de Disidencia Sexual), los trabajos visuales de Felipe Rivas San Martín y el proyecto pornoterrorista de José Carlos Henríquez llevado adelante a través de las redes sociales y su blog *Mi Botadero*.

1 Para una mayor discusión sobre estos términos y sus debates, véase <<http://www.hemisphericinstitute.org/hemi/en/e-misferica-72>>.

En el contexto producido por una democracia deficitaria o incompleta², construida en la medida de lo posible y hegemonizada por las élites del país en la toma de decisiones e interlocución ciudadana, declaraciones como la siguiente, hecha por la presidenta Bachelet a propósito del trámite legislativo del AVP-Acuerdo de Vida en Pareja —hoy Unión Civil—, deben ser tomadas con cautela y sin triunfalismos efectistas para los movimientos de derechos de las minorías sexuales. Para la presidenta,

[...] las democracias modernas exigen que el despliegue pleno del individuo ocurra respetando sus particularidades, reivindicando su libertad y su derecho a la diferencia, y exige que el entramado de nuestras relaciones sociales se construya articulando esa diferencia y no anulándola. Esa articulación es, cómo no, una gran tarea, es el desafío que tiene por delante este Chile que queremos que sea de todos, es la gran pregunta de la democracia y es la gran misión de cada proyecto político...

Enfatizando que la idea es “garantizar *ciertas* condiciones básicas de respeto y no discriminación a nuestras diferencias, y el piso básico es derrotar las desigualdades en sus múltiples rostros”. Continúa, Bachelet “[s]in un avance compartido de dignidades y derechos comunes, además de la igualdad de oportunidades, no tenemos cómo procesar y articular nuestras diferencias, y ellas se vuelven en antagonismo”³. Estas declaraciones se vierten en medio de una coyuntura problemática para los movimientos de minorías sexuales, el que se ha venido gestando desde el gobierno anterior dominado por la centro-derecha (Sebastián Piñera, 2010-2014). A diferencia del pasado dictatorial en el que claramente la disidencia político-cultural estaba del lado contrario al gobierno militar, en la actualidad dos sectores, al menos, se disputan la representatividad de las minorías sexuales en el campo social y cultural. Por una parte, el histórico MOVIMIL asociado con agrupaciones como MUMS y otras de base popular, y por otra, la recién

2 Para una contextualización de la noción de ‘democracia incompleta’ en el caso de Chile, véase Garretón.

3 Declaraciones de la presidenta Michele Bachelet aparecidas en la versión *online* del diario *The Clinic*: <<http://www.theclinic.cl/2014/06/04/bachelet-sobre-el-avp-debemos-reconocer-y-garantizar-legalmente-las-diferentes-opciones-de-afectividad/>> (consultado el 10 de junio de 2014).

temente creada Fundación IGUALES, vinculada con la centroderecha y la élite económica. Ambos conglomerados han reproducido en sus discursos y campañas las diferencias estructurales que la población chilena manifiesta en términos de inequidad social, educativa, de salud, y, en particular, patrimonial. El capital de *lobby* político de IGUALES —dirigida en sus inicios por el escritor Pablo Simonetti— y la lucha histórica de agrupaciones como el MOVIMIL y el MUMS —con Rolando Jiménez y Jaime Parada a la cabeza— ha generado un nuevo escenario para las demandas de las minorías sexuales en el país.

En este enfrentamiento, las retóricas utilizadas para la legitimación de derechos de los grupos LGBTQ por parte de ambos lados han coincidido en relevar el discurso de los derechos humanos, la discriminación homofóbica, la inequidad civil, la paridad de género e identidad sexual con un acento claro en la victimización del homosexual y su circunstancia trágica. Pero, sobre todo, se han abocado a defender el acceso y goce legal a modos de convivencia e instituciones que garanticen patrimonial y civilmente las uniones y la familia. Un modelo optimista de reparación cuyo alineamiento jurídico-legislativo con el concierto global y la historia de los logros del movimiento LGBT en la región pareciera ser garantía suficiente de credibilidad y consistencia política para el éxito a mediano plazo de estos reclamos. Uno de los ejemplos de este paradigma normalizador es la hegemonía retórica del discurso amoroso, del derecho a tener familia y del romanticismo homoparental catalizadores todos del debate legislativo y la consecuente empatía social, a la vez que eficaz purgante de las tramitaciones en congresos y senados. La reapropiación por parte de la derecha y hoy del gobierno de la Nueva Mayoría de las discusiones ciudadanas en torno a identidad de género e identidad sexual defendidas en el pasado por sectores cercanos a la izquierda histórica popular pone además a los diferentes grupos de ‘disidentes’ en posiciones enfrentadas en las que el vector de la clase social permea completamente el espectro de las demandas y las alianzas entre los constituyentes.

Y es que las cosas no han cambiado drásticamente, excepto para aquellos que se acomodan fácilmente a las nuevas condiciones políticas de ciudadanía sexual ofrecidas por el modelo liberal para el cual no cuentan ni la clase social, ni la falta de capital cultural, ni la raza, ni la precarización trans y travesti. Son ciertos, no lo podemos negar, los avances en materia legislativa en la región y en particular en el país. Contamos con la despenalización de la sodomía en 1998, el acceso a seguros de salud y cobertura estatal de los tratamientos VIH-sida (2001-2014) y la más reciente Ley Zamudio o

Ley Antidiscriminación⁴. Sin embargo e inesperadamente, la mayoría de las medidas legales en favor de las minorías sexuales como las mencionadas han sido patrocinadas y sancionadas por el gobierno de Sebastián Piñera. Convirtiéndose de manera paradójica la derecha liberal en uno de los principales defensores de la lucha anti homofóbica⁵. El trabajo llevado adelante desde una política de modernización legislativa y de superación de los antagonismos del pasado dictatorial impulsada por el llamado ‘lobby gay’⁶ explicaría los éxitos del movimiento al interior de una coalición de fuerzas reformistas de centro y centro derecha.

Un segundo escenario, sin embargo, es el que se construye desde la trama cultural. Los últimos años han visto una densidad simbólica particular en los ámbitos visual, teatral y cinemático en relación con estéticas en las que lo sexual es tema y rema de sus poéticas. Artistas plásticos como José Pedro Godoy (1985-), en el que se mezcla el paisaje del porno industrial digital con el imaginario ochocentista, o Guillermo Lorca García Huidobro (1984-), cuyo trabajo expresionista-gótico recupera el registro de escenas de infancia perturbadoras que reposicionan en la escena plástica lenguajes y experiencias no hegemónicos que hacen repensar las coordenadas de lo sexual en la sociedad chilena desde el lado de la exploración de la intimidad, los deseos y el erotismo diversos acordes con el cambio en los contratos y el modo de goce característico de las sociedades capitalistas contemporáneas (Žižek 1999, Araujo 2009, Blanco 2010). El cine nos ofrece otros ejemplos concretos. Siguiendo a la señora *Chacotero sentimental* (1999) de Cristián Galaz, una especie de confesionario público-mediatizado de los secretos íntimos de los chilenos, películas como *Joven y alocada* (2012) de Marialy Rivas, *Mapa para conversar* (2011) de Constanza Fernández o *Muñeca* (2008) de Sebastián Arrau retoman al protagonista joven para explorar cómo se

4 Véase Nieto Fernández y Parada Rodríguez.

5 Solo recientemente, durante el primer año de gobierno de Michelle Bachelet y tras más de cinco años de tramitación legislativa, se ha aprobado en Chile el llamado Pacto de Unión Civil (antes AVP-Acuerdo de Vida en Pareja). En él se estipula que es “un contrato celebrado entre dos personas naturales, de sexo diferente o del mismo sexo, para organizar su vida en común”. La ley permitirá la regulación de la convivencia de hecho de parejas hetero y homosexuales, aunque deja la duda de si la posibilidad de pensar en un matrimonio igualitario para la comunidad LGBTQ es algo que pueda estar en el horizonte de la legislatura chilena.

6 La categoría se identifica en Chile con los sectores asociados a la Fundación IGUALES, ya sea en términos de capital político, social, económico o simbólico.

resuelve en él la herencia del pasado frente al peso del futuro encarnada en las utopías paternas. La primera película nos enfrenta con Daniela, una chica bisexual y evangélica que explora su identidad erótica por medio de un blog en el que dialoga con sus seguidores sobre los “pecados” de su “choro en llamas”. En *Mapa para conversar* el pasado y el presente se anudan en torno a la discusión sobre la sexualidad de las protagonistas, donde una madre y una hija negocian el lesbianismo de la segunda y el pasado político de la primera a propósito del *coming out* de Javiera y su relación con una diseñadora de páginas web porno. En la película de Arrau se nos lleva a los mundos globalizados por medio de la anécdota de la venta de espermios de un joven gay a una ciudadana española el mismo día en que asume Michele Bachelet. La anécdota pone a los adolescentes “colizas” de clase media acomodada al centro de la experiencia que ilustra las nuevas configuraciones subjetivas y contratos sociales modalizados por las narrativas neoliberales. Finalmente rematamos con el director Wincy “Conectado” Oyarce y su trilogía esperpéntica compuesta por los filmes *Empaná de pino* (2008), una exploración de los mundos urbanos proletarios y prostibularios en clave grotesca y melodramática; *Otra película de amor* (2010) y el corto *Niño bien* (2013), en las que se reimaginan dos “escándalos” morales que sacudieron la sociedad chilena: casos de pedofilia al interior de iglesias y colegios católicos junto con la sanción judicial de prácticas sdomasoquistas, abuso sexual y prostitución infantil presentes en casos como los del empresario Claudio Spiniak y el sacerdote Fernando Karadima.

Esta geografía imaginaria de la representación de adolescentes *queer* en el texto cultural chileno nos alerta sobre la manera en la cual las diferentes generaciones negocian su mutua inclusión en el paradigma societal. En particular, nos hablan de la movilización de los límites y expectativas que los padres han modulado con su trabajo frente al potencial de experimentación que los jóvenes les devuelven desde su inconformidad identitaria, sexual y moral, ya no política.

El cambio en el tono y el marco de los reclamos que proviene de generaciones más jóvenes, superando la escena de memoria y los protocolos instalados de interlocución entre estado, historia y ciudadanía que ella nos proveía, nos alerta sobre los nuevos escenarios en los cuales se juega la construcción de la sociabilidad en Chile y el lugar que los reclamos por emancipación sexual ocupan en ella. Claramente, la compulsión legal por saber del pasado —fuente de resguardo moral y ético para el restablecimiento de lo político— queda superada (aunque no resuelta) en el paradigma de la

post-verdad realineando la post-democracia, la retórica legal de sanciones, derechos, obligaciones, víctimas y victimarios al campo de la sexualidad —un campo de debate permanente en el que la noción de individuo, ciudadano y persona conflictúan el sentido común humanista—, la “sexualización insistente y generalizada de las subjetividades” en lo público (Giorgi, 152). Los nuevos desafíos de una democracia en formación traen consigo el advenimiento de nuevos sujetos y modos de habitar lo público y lo privado. Si víctimas y victimarios lo son ahora en virtud de sus deseos e identidades individuales, ya no como sujetos colectivos comandados por la ideología, aun cuando sea común, el norte de la salvación de la comunidad de la amenaza de su exterminio, ¿qué hacer cuando lo social ya no está anclado en el lazo social sostenido en la memoria política sino en la múltiple combinatoria de goces y deseos que los individuos reclaman como nuevos derechos y éticas en tiempos del post-porno? Tal como lo plantea Gabriel Giorgi existiría una “nueva inflexión en las discusiones sobre ‘identidad’ y ‘singularidad’ en las culturas de la sexualidad” (149), destacando el esencialismo de las posturas de lo gay, manifiesta en un modo de ser versus la plasticidad en el ejercicio de la construcción de esa misma subjetividad a partir de una serie de prácticas conectadas a su dimensión performática, inestable y cambiante. Es lo que él llama la imposibilidad de los lenguajes políticos de captar “*los eventos del deseo*” (150), pues su función es producir un sujeto para el estado de derecho y no dar cuenta de la variabilidad fenomenológica de sus actos.

El CUDS y otras malas hierbas

En este contexto es que han aparecido en los últimos años una serie de grupos que reclaman desde un paradigma de derechos muy distinto al de los derechos humanos, pantalla valórica que operó como sostén simbólico durante la época de las justicias transicionales. El modelo de estos movimientos se vincula con la teoría social y cultural *queer* y los post-feminismos. En particular, con la aparición de una “escena anti social” en la que los reclamos pasan por una nueva definición de la autonomía, la autodeterminación, la contradicción, debatiéndose entre el deshabitar de lo social tal y como lo entendemos en la lógica liberal y la pertenencia al mismo bajo nuevos anclajes y contratos⁷.

7 Véase Berlant y Edelman.

Con un poco más de 12 años de vigencia el CUDS —Colectivo Utopico Universitario de Disidencia Sexual— ha desarrollado un trabajo de reflexión y concientización social desde el entrecruzamiento de la academia y el activismo. Entre sus miembros fundadores se cuentan jóvenes pertenecientes a la academia, tanto de las áreas de las ciencias sociales, como de las humanidades y las llamadas ciencias duras. Autodenominados *cuir*, los miembros del colectivo apuestan por una alteridad crítica basada en una demanda por acción y agencia social no discriminatoria y de carácter antiburgués y capitalista. Sus reclamos por el reconocimiento civil y cultural de una identidad de género y opción sexual no hegemónicas luchan en contra del menú liberal de orientaciones y gustos impuestos por el liberalismo económico y político de la primera transición y el primer gobierno democrático de derecha post-dictadura. Dentro de sus principios destaca la construcción de genealogías teóricas y críticas disidentes (marxismo, feminismo[s], anarquismo) emparentadas con la teoría *queer* noreuropea, al tiempo que con los feminismos radicales e indígenas latinoamericanos. Reconocen afinidades reflexivas con el pensamiento de autores como Marx, De Lauretis, Warner, Edelman, Butler, Bersani, Preciado y, en la región latinoamericana, con la crítica y teórica de la cultura Nelly Richard. Su crítica más radical es contra la ilustración simbólica de la propuesta social emancipadora o revolucionaria característica del periodo anterior, en favor de una fractura de los marcos institucionales y sus discursos de mano de una voluntad de “encarnamiento” en prácticas activista en la calle, la *performance* y la escritura. Nelly Richard define su poética y sus principios políticos como los de un colectivo con un domicilio de hablas intra y extra “muros” —localizados en la academia, la calle y la web— e inspirados en el agotamiento del feminismo institucionalizado (160-161). El proyecto central se articula en torno a la siguiente formulación en cita bibliográfica-política: “La Disidencia sexual implica una apuesta crítica a las políticas que gobiernan nuestros cuerpos, subjetividades y todas las representaciones que dejan una impronta sobre ellos. Por esto mismo la Disidencia sexual va más allá de visibilizar las problemáticas que inscriben a ciertos cuerpos como minoritarios o excluidos”⁸.

Jorge Díaz, uno de los fundadores del CUDS, define su proyecto —a propósito de sus vínculos con el post-feminismo y su condición de disidentes sexuales— en los siguientes términos:

8 Véase “Manifiesto”, en <<http://disidenciasexual.tumblr.com/>>.

existe una apuesta política que como disidentes sexuales hacemos con el feminismo, con sus imbricadas formas, con un feminismo polisémico, amplio, un feminismo quimérico donde encontrar nuestros espacios, siempre locales, abiertos y nuevas prácticas y manifestaciones de lo político en nuestros cuerpos, de nuestras interrupciones [...] nos posibilitó en rebeldía y compromiso (8).

“Dona por un Aborto Ilegal”

Una de sus campañas emblemáticas ha sido la controvertida “Dona por un Aborto Ilegal”. En ella, como en otras intervenciones, se realiza un reciclaje crítico de contenidos referenciales de discursos hegemónicos en los que la imagen y su potencial semántico se reinterpretan. En esta campaña-acción de arte, grupos de activistas se sitúan en calles emblemáticas de la capital que acogen tradicionalmente colectas públicas patrocinadas por instituciones conservadoras (grupos pro-vida) con el fin de parodiarlas para posteriormente subir el registro a la red en sitios creados para ello. En esta acción en particular se despliegan carteles, mientras los voluntarios interactúan con los transeúntes para solicitarles cooperación económica. Muchos de los paseantes donan en el sobreentendido de que es una campaña antiaborto y algunos pocos disputan con ellos. En esta *performance* el ejercicio es despojar al feto de la potencia de su humanidad ventrílocua —la derecha lo hace hablar y cantar en sus *spots*— para resituarlo paródicamente dentro del sistema del arte con la cita “Esto no es un feto”. El referente Magritte se vuelve un contenido reciclado, llamado por ellos “abortista”. Al mismo tiempo recurren a la *performance* escenificada de la marcha social, reciclando el imaginario de la protesta ciudadana, característico de los tiempos dictatoriales por medio de la intervención visual de espacios públicos —muros en este caso— como una parodia al recurso del siluetazo de los desaparecidos. Levantan de este modo un referente radical e inhóspito para el debate sobre el tema del aborto como derecho femenino y de salud en el que los resabios imaginarios de la lucha por derechos sexuales y los discursos históricos del pasado infiltran el texto paródico volviendo el cuerpo femenino un territorio de disputa de sentidos y derechos. Como plantea el filósofo Sergio Rojas, no existe en ellos la intención de instalar un imaginario como en las épocas anteriores (CADA-YEGUAS-ESCENA DE AVANZADA), sino de producir un vaciamiento cultural de las políticas públicas concertacionistas

y de la derecha —el llamado consenso—, pues el rendimiento crítico de sus intervenciones se produce más bien en el ámbito de los signos más que en el trámite social hacia lo político como ocurría en el arte de la vanguardia de los setenta y ochenta, donde el cuerpo homosexual proletario e indígena, por ejemplo en el trabajo de las Yeguas del Apocalipsis, generaba en su filiación con lo femenino una regimentación simbólica refractaria a la ideología del patriarcado militar-nacional. El derecho de la mujer a no ser madre defendido por estos grupos generó una reacción tan virulenta que fueron acusados de “asociación ilegal” (invocando una ley antiterrorista) por la organización profamilia de derecha IDEA-PAÍS⁹.

Felipe Rivas San Martín

Uno de sus miembros más destacados es el artista visual Felipe Rivas San Martín. El trabajo de Rivas SM tiene dos claras vertientes. Por una parte se interesa por la pregunta por las nuevas tecnologías y su índice de efecto y transmisibilidad en los usuarios. En particular reflexiona en torno al soporte inmaterial y a la interfaz presentes en la red en tensión con los procedimientos manuales pictóricos. Aunque dentro de su programa de obra tiene lugar también la interrogación lateral a los discursos de la memoria histórica y la sexualidad disidente. En la primera etapa de su trabajo, este artista homosexual se interesa por la red y sus propiedades matéricas y funcionales: códigos, protocolos, lenguajes de navegación. Estos elementos se resignifican en su trabajo (búsqueda en la interfaz) asociados a contenidos problemáticos moralmente con los que postula una crítica a relatos fundados y circulados por una subjetividad cultural heterosexual. Obras como *Tengo un amigo homosexual y lo apoyo* (2008), *Vendo mi homosexualidad* (2009) y *Tutorial para chat gay* (2010) discuten sobre los contenidos presentes en sitios y redes sociales. En todos ellos el común denominador es la doble parodia, la artesanal del soporte (manualidad pictórica) y la discursiva, constituida por una reflexión crítica de problemáticas asociadas al ejercicio del deseo homoerótico, a sus registros corporales y protocolos sociales. Los que circulan “libremente” a través de los diferentes navegadores de Internet produciendo una ‘enervación digital’ en la que se transporta la inmensa variabilidad de los deseos humanos. En particular aquellos referidos a la sexualidad. La red

9 Véase <<http://www.ideapais.cl/>>.

como plataforma comercial integra la libido a una factorización económica presente en todas las búsquedas y transacciones posteriores. La interfaz se vuelve una superficie de contacto post-humano en la que vectores como la clase social, la edad y origen étnico junto con elecciones eróticas como la promiscuidad, el sexo colectivo, el *bondage* y otras declinaciones del vínculo subjetivo formado entre el deseo y el objeto de goce, son ofrecidos por un cierto menú *online*. Pensemos, por ejemplo, en la pintura *Sexo maquínico gay* inspirada por el sitio web Bad Machine Boys.

Uno de sus proyectos emblemáticos, el llamado Código Q, conjuga su política como activista con su poética como artista bajo dos registros epistemológicos: el tecnológico-comunicativo y el del sistema de la pintura. Rivas SM opera con *e-images* para llevarlas a la representación pictórica manual. Su serie de trabajos *Q(uee)R codes* “desvía por fuera de la economía del marketing a la práctica artística que emplaza una sexualidad disidente” (García 4). El ejercicio es duplicar el código QR manualmente para que pueda ser escaneado y redirigiera al usuario-espectador de obra a videos, textos o *websites* en los que “dialogan debates contemporáneos” sobre identidad de género, identidades sexuales y tecnologías de la intimidad. Este trabajo también ha derivado en obras en las que la relocalización del código QR, material, visual y electrónicamente lleva al espectador a repensar la circulación de narrativas y discursos como el de la memoria neoliberal en *The Miracle of Chile: 1981-1990*.

Su trabajo más polémico hasta el momento, sin duda, ha sido el video *performance Ideología* (2010, 2011). El video (originalmente una foto-*performance*) registra en el curso de una masturbación la eyaculación final —*cum shot*— del artista sobre un retrato del presidente Salvador Allende mientras se lee un texto de corte autobiográfico en el que Felipe Rivas superpone la “militancia izquierdista y deseo homosexual, con resonancias del pensamiento teórico contemporáneo sobre estética y política”¹⁰. La intención del artista con este trabajo es desde mi punto de vista, reflexionar sobre los efectos de convencimiento de la política en sus audiencias por medio de la contraposición de mecanismos retórico-digitales propios de la producción pornográfica contra los efectos elocutivos de la oratoria en el discurso público. Ambos actos, el del orador y el del masturbador, el de la biografía de una cierta izquierda (Allende) interpelado por la voz del artista homosexual seducido en su adolescencia por los cuerpos de

10 Véase <<http://www.feliperivas.com/ideologiacutea.html>>.

“compañeros” y “obreros” (Rivas San Martín) se espejean en cámara. En la contraposición y entrecruzamiento de ambos discursos e imaginarios (el ideológico y el de la sexualidad homosexual), la aceleración voluntaria de sus estrategias deseantes-perlocutivas y dramáticas, hasta llegar al paroxismo de su intención de convencimiento, nos demuestra el modo en el que ambos actos de habla ficcionalizan el control absoluto sobre la pérdida de control en la paradoja presente en lo impredecible del final buscado —consumación de la revolución, consumación de la eyaculación—. De esta manera, también Rivas San Martín acomete en contra de la “escena de memoria” por medio del uso de la retórica visual del porno problematizando la didáctica excitante de los usos comunicativos de la memoria a partir del uso de las imágenes televisivas consagradas (detenidas) por Patricio Guzmán en su trilogía *La batalla de Chile*. La escena aparece dividida en dos órdenes, uno que se corresponde con la parodia del relato histórico que concierne a la retórica de Allende (la teatralización de su puesta en escena oratoria) y el otro, el de los “régimenes deseantes” (Deleuze) de los imaginarios obreros y burgueses que el orador del video describe. A diferencia de las representaciones habituales de Allende, el trabajo de Rivas San Martín se despega del martirologio del estadista o de su satanización para colocar su trabajo del lado del desacato a la figura reverenciada por la izquierda militante. Una fotografía del rostro de Allende sobre un tablero de dibujo en un estudio de pintura, enfrenteado a su cuerpo desnudo con el pene semierecto y la voz superpuesta de los personajes de las imágenes de televisión (¿el documental de Guzmán?) y la suya describiendo sus primeros esgarces eróticos y su paso por el emblemático liceo público conocido como el Instituto Nacional. En el video observamos al protagonista-fisgón ir desde la derecha a la izquierda y de la izquierda a la derecha de la pantalla escindida, transitando su mirada entre la figura de Allende y una exaltada mujer del partido nacional. Mientras recuerda el rendimiento erótico de sus fantasías sexuales con sus compañeros de generación, la mayoría —según la narración— hijos de dirigentes políticos y sindicales de la izquierda tradicional. En un segundo momento del video, el mirón observa a los obreros en acción política pública hablándole a la cámara de Guzmán a la vez que privatizados por la industria del porno como menú de fantasías en una película X. La investidura fantasmática del líder político cede ante el impulso libidinal homoerótico del presente masturbatorio del *performer* para mostrar el marco de sujeción que el relato ideológico y el del porno producen. De manera paralela, la acción completa se ordena

como una crítica a la fetichización de la imagen de Allende por parte de la izquierda, destacando la dimensión mortuoria del rostro que se multiplica en millares de afiches en los muros de la ciudad con ocasión de la celebración de los 30 años del golpe. El rostro del presidente mártir, enfrentado a la estadística de la reproducción mecánica para asegurarnos en su multiseriabilidad la presencia del compañero sacrificado, se concentra en la operatoria masturbatoria del *performer* frente a su objeto de goce —su imagen— para dejarnos acceder a lo único verdadero de la representación: el *cum shot* final.

José Carlos Henríquez/Camilo: “Soy un engendro digital”

El caso de este artista es peculiar. Se inicia en los talleres de poesía Moda&Pueblo, dirigidos por el poeta Diego Ramírez¹¹ para luego pasar a integrar el colectivo CUDS al que él define como “un colectivo de arte feminista en el cual las prostituciones toman peso crítico y no solo de exhibición”. En los últimos dos años desarrolla una propuesta artística en la que unifica su actividad laboral como *putx* transfeminista ejerciendo la escritura y la *performance* “porno terrorista”. Sus trabajos en el “ciber-activismo” se caracterizan por la multimedialidad en la escritura, donde opera el video, la intervención en redes sociales, el activismo político en la academia y la televisión, y la prostitución como soporte discursivo y material de sus puestas en escena¹².

Tres de sus trabajos resultan interesantes para la discusión que hemos planteado en los que el objetivo central es construir e intervenir en espacios públicos disponibles en los cuales sea posible situar una ficción identitaria de un yo post-liberal hipertrofiado, anárquico y encadenado a las dinámicas del trabajo pero fuera de los circuitos asalariados liberales de profesiones y oficios. Llamada *neoliteratura* por él mismo, su poética y práctica política reivindica la “pulsión maldita del mitómano, del megalómano, del narcisista, del egocéntrico” (entrevista inédita del autor a José Carlos Henríquez, octubre de 2014) para construir espacios privados en los que es posible mantener el control absoluto sobre la experiencia disidente en lo social. Mientras la promesa de las sociedades liberales, como la perseguida por el

11 Véase <<http://moda-pueblo.blogspot.com/>>.

12 Su primer libro *#SoyPuto* aparece publicado por la Editorial Cuarto Propio en 2016.

lobby gay de centro derecha hoy en día en Chile, es la de acceder a lo público para establecerse legítimamente en la ley y la jurisprudencia de acuerdo con la definición de un estado garante de derechos ciudadanos iguales (ej. el matrimonio homosexual en su versión de unión civil de vida en pareja). La intervención de la generación anterior diezmada por el sida y la violencia estructural y homo-tras-lesbo-fóbica perseguía el reconocimiento del derecho a la vida digna (el paradigma social y de derechos humanos de la persona) sustentada en el acceso a derechos tales como el de la salud, la educación y el trabajo. La generación de José Carlos, mientras tanto, apunta a modelos de intervención crítica y cultural que disputen la hegemonía normalizadora retirándolos simbólica y materialmente desde una esfera política hetero-subjetiva para ir a posicionarlos en espacios alternativos (una esfera íntima) sostenidos en el ejercicio de una individualidad minoritaria emancipada. Este movimiento de retirada desde la esfera pública liberal busca destrabar derechos y deseos comúnmente entendidos como inalienables del paradigma normalizador separando en sus intervenciones estético-políticas el lazo subjetivo que anuda sujeto, estructuras e instituciones sociales portadoras de sí. Mientras que las luchas por derechos de minorías sexuales pertenecientes a las capas medias y altas y centrados en la regulación de los diferentes tipos de capital acumulado (material y simbólico) los vuelve objeto de sujeción de regímenes de dominación hetero y homonormativos, el trabajo del porno-terrorismo de JCH se posiciona en contra de este consenso moral y económico (el del buen consumidor gay, *queer*) para proponer en sus intervenciones desactivar el horizonte político valórico sustentador de modos de convivencia *acomodados* a las regulaciones “modernizantes” exigidas por las democracias neoliberales. Sistemas de administración gubernamental que parecen decididos a mostrar una superación de la lucha por derechos sexuales en la región.

JCH apura, con un avance crítico materialista, una reflexión sobre las posibilidades del goce, el derecho al placer y la asociación entre estos dos vectores: la identidad y el trabajo (asalariado y artístico). Y lo hace por medio del ejercicio de la prostitución y la escritura (visual y narrativa). Sus videos *De rodillas* y *Work in Progress* y el blog *Mi Botadero* ilustran esta idea por medio de la exaltación de prácticas en las que se entrecruzan lo privado (lo íntimo, lo oculto) y el trabajo asalariado no formal. Así, la prostitución le permite una doble crítica. Por un lado, en tanto espacio laboral, mostrar el ejercicio soberano sobre las propias fantasías en la escena del “cliente”. Por otro, reflexionar sobre los límites que la ley y la moral prescriben sobre

otras maneras de ejercer el acceso al goce pleno de derechos sexuales. Es lo que Brad Epps llama, haciendo referencia a Perlongher, una ‘ética de la promiscuidad’ ejemplificado en la decisión contractual de tener sexo sin preservativo (*barebacking*). La anécdota superficial de los dos primeros trabajos de JCH es la denuncia a través de los circuitos mediáticos (el rumor de la red) del doble estándar de los dirigentes de la diversidad sexual, el escritor y ex director de la Fundación IGUALES, Pablo Simonetti y el presidente casi vitalicio del MOVILH (Movimiento de Liberación en Integración Homosexual) Rolando Jiménez. Ambos hombres aparecen en este *scratch* virtual como supuestos clientes del prostituto “Camilo”, chapa profesional del *putx* José Carlos. El *performer* práctica sexo oral a un hombre, el avatar del escritor, mientras la voz del presidente de la Fundación IGUALES remarca la importancia de los derechos de paridad de género e identidad sexual en la protección del patrimonio de las parejas homosexuales. El gesto del trabajador sexual confronta los horizontes de clase y las diferentes expectativas sociales y eróticas de los miembros de la comunidad LGBTQ por medio del ejercicio oral en el que los deseos homoeróticos y la lógica del *crusing* gay superan los designios de una monogamia impuesta por el decoro burgués. El gasto del cuerpo, el valor del goce y los diferentes registros del placer aparecen desordenando la superficie matrimonial de los pactos consensuales patrocinados por la Fundación IGUALES, restituyéndole en el video a la promiscuidad un estatuto ético en tanto responde a la pulsión verdadera del goce (Perlongher). De modo paralelo, la crítica se desliza hacia el estatuto de respetabilidad conferido por la privatización de la intimidad que el contrato matrimonial ha garantizado por siglos a las parejas heterosexuales, y que encubre la negación de la recirculación y excesos de la pulsión irreductible del deseo desalojado de la ciudad (o público) que lo ha acogido cómplicemente por siglos.

En el segundo caso, JCH, en un ejercicio idéntico, nos revela en una de las entradas de su blog *Mi Botadero* el pretendido intercambio sexual que ha tenido con el dirigente del MOVILH Rolando Jiménez. La sutil línea de la privacidad y la vida íntima se redibujan en el intercambio prostibulario imaginado por el cronista erotógrafo. Sin embargo, el intercambio narrado pone de manifiesto varios niveles de contacto. Por una parte, el de sujetos desconocidos que pueden como adultos acordar un cierto tipo de intercambio o transacción contractual: uno que se da entre clases sociales diferentes, de corte intergeneracional, o interracial, haciendo de este espacio irónicamente un centro regenerador de la vida social y renovador de la sociabili-

dad. Por otro lado, la parodia del encuentro reimaginado en la entrada del blog¹³ vuelve a este espacio pagado y seguro una fuente de ansiedad y miedo por parte del cliente descubierto. El texto, paródico —en el sentido de que afirma y denuncia en un relato posible— nos indica con lujo de detalles el encuentro entre ambos hombres y la preocupación de Jiménez por la edad del joven prostituto con el que se ha citado, al mismo tiempo que su incapacidad para penetrarle. Dice el narrador: “Rolando Jiménez no es un hombre muy dotado sexualmente. Lo diré como falocéntrico y como puto sin ética” (*Mi Botadero*). El ejercicio interesante que desarrolla aquí JCH es el de proponer una forma de des-reificar este tipo de porno-historias —tan comunes en la red— para politizarla en su incarnación en un acontecimiento específico, con un protagonista determinado y con un capital social y político que se activa de igual modo para enjuiciar la doble moral de un dirigente social. Dejando de lado la moral burguesa y los acuerdos de la propia práctica, la traición pública al cliente (la privacidad garantizada por el pago) constituye la obra en curso de JCH —la red es la plaza pública inquisitorial y la parodia al *scratch* o la *funa* el registro social que se cita aquí—. En conjunto, estos registros discursivos le permiten a JCH construir una ácida crítica a la coerción y normalización impuestas al deseo por parte de la hegemonía gay blanca burguesa, y por otra, repotenciar el papel político del arte como mecanismo de denuncia social en el contexto edulcorado de la democracia chilena.

Conclusión

Los trabajos que hemos comentado de cara al tercer milenio ponen en movimiento una serie de coordenadas en las que lo social acontece institucional e imaginariamente por fuera del relato regulador de la modernidad multicultural. Desprendido de los pactos propuestos por el liberalismo político y económico el sujeto de estos trabajos se estructura a partir de un entramado de normas por las que circulan dimensiones políticas y eróticas enfrentadas a sus contradicciones psíquicas y sociales (legales). Estamos situados en lo que se ha dado en llamar “la vuelta anti social” (Edelman), paradoja en la cual los esfuerzos más denodados del anti *establishment* tienen como objetivo el asegurar la pertenencia a lo social de los sujetos disidentes bajo una escala de

13 *Mi Botadero*: <<http://mibotadero.blogspot.com/?zx=a499053b3449d15>>.

relaciones (lazos) diferente en la que la autonomía y la autodeterminación cobran nuevos valores. Una escena “post política” que no acepta el optimismo normativo del éxito del *lobby* político patrimonialista de IGUALES, las iniciativas economicistas y excluyentes de la Nueva Mayoría en educación, o el debate “amoroso” romantizado de las uniones civiles.

Son constituyentes de nuestra democracia (caso CUDS) que se elaboran como sujetos enlazados tan solo por la exhibición de la intimidad de los impulsos y los deseos frente a la normatividad capitalista del estado corporativo por una parte, y se perfilan como contrarios a los sistemas de valores morales de instituciones y actores del pasado dictatorial como la Iglesia, el Ejército y el empresariado. Actores que producen un reconocimiento mutuo por medio de una serie de sujeciones en las que el sexo es al mismo tiempo promesa de liberación y ejercicio de sumisión. Como ha planteado Žižek estos sujetos ya no dependen de las leyes de la eficiencia simbólica, sino que construyen “leyes privadas” con las que se regula el surplus libertario concedido por el sistema integrado en nuestros sistemas económicos libidinizados. Este es el armado del pacto sadomasoquista contemporáneo: frente al exceso y el absoluto de la libertad otorgada en lo social (todos somos libres) la verdadera trasgresión se halla del lado de la no elección, de la cancelación del libre albedrío, del sometimiento al Amo. Pues someterse a otro no es más que abdicar a la ideología del hedonismo —*hoy aggiornada* por las ofertas neoliberales— tal y como nos advertía Pasolini años atrás antes de ser asesinado en una playa de Ostia en sus *Escritos corsarios* (1975).

Bibliografía

- Araujo, Kathya (2009): *Dignos de su arte. Sujeto y lazo social en el Perú de las primeras décadas del siglo XX*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert.
- Berlant, Lauren y Edelman, Lee (2014): *Sex or the Unbearable*. Durham/London: Duke University Press.
- Blanco, Fernando A. (2010): *Desmemoria y perversión. Privatizar lo público. Mediatizar lo íntimo, administrar lo privado*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Eppe, Brad (2005): “La ética de la promiscuidad: reflexiones en torno a Néstor Perlongher”, en *Iberoamericana* 5.18, pp. 145-162.
- García, Luis Ignacio (2014): “Allende Porno Star”, en *Revista Caja Muda* 6, 2014, disponible en <<http://www.revistacajamuda.com.ar/archivos/articulos/garcia.html>>.
- Garretón, Manuel Antonio M. (2010): “La democracia incompleta en Chile. La realidad tras los *rankings* internacionales”, en *Revista de Ciencia Política* 30.1, pp. 115-148, disponible en <<http://www.scielo.cl/pdf/revcipol/v30n1/art07.pdf>>.

- Giorgi, Gabriel (2011): “Una crítica teórica y política de la persona”, en Daniel Balderston y Arturo Matute (eds.): *Cartografías queer. Sexualidades y activismo LGBT en América Latina*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, pp. 149-153.
- Lemebel, Pedro (2013): *Poco hombre. Crónicas escogidas*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Nieto Fernández, Ricardo Esteban y Osvaldo José Parada Rodríguez (2013): “Análisis Ley nº 20.609. Ley Antidiscriminación o Ley Zamudio”, en *Repositorio Académico de la Universidad de Chile*, disponible en <<http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/113346>>.
- Phelan, Peggy (1993): *Unmarked. The Politics of Performance*. New York/London: Routledge.
- Richard, Nelly (2011): “Postfacio-Deseos de... ¿Qué es un territorio de intervención política?”, en: *Por un feminismo sin mujeres. Fragmentos del Segundo Circuito Disidencia Sexual*. Santiago de Chile: Territorios Sexuales Ediciones, pp. 159-178.
- Žižek, Slavoj (1999): *Las metástasis del goce. Seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*. Buenos Aires: Paidós.